

y de williamsburg, al norte, y la singular apertura de la bahía, al sur, los muelles y tinglados salpicando el borde de brooklyn, los hidroaviones despegando a un palmo de distancia y pasando como exhalaciones bajo las arcadas, adiós puente de brooklyn, por la segunda avenida a la altura de la calle 8 queda la iglesia de san marcos, hoy restaurada, rodeada de árboles por entre cuyas crestas sobresale la angular silueta de su torre principal, señalando a uno y otro lados filas de casas y calles plurilingües, también desmerecidas de su antigua opulencia, pero expresión aún viva, de una políglota convivencia formada por voces esclavas, latinas, sajonas, germánicas, hebreas, y ya, también, hindúes, acompañadas de la estela de comercios, restaurantes, letreros, banderas, asociaciones nacionales que, como un reguero, van siguiendo, invariablemente, el curso de los hombres venidos de allende los mares, que suben por la segunda avenida, animados por un dinamismo bullicioso de infrecuente arraigo, expresión plástica de la dinamicidad asombrosa que es propia de tu acogida, para llegar a la altura de las naciones unidas, y meterse, después, por la calle 42, compendio real de la nueva vida del nuevo mundo, del permanente trasiego, de cierta alegría cotidiana, de la calle con vida o de la vida en la calle, y entrar en la maravillosa grand central station, increíble alarde de resistencia al peso que soporta y a la gran aquedad que se extiende bajo su bóveda con trenes, galerías, escaleras, comercios, pasajeros, viajeros, andenes superpuestos, yuxtapuestos, contrapuestos milimétricamente, como un desafío de atrevimiento y audacia, estación entrañable sólo afeada por la birria de la panam, rascacielos ecuestre montado sobre su panza fértil y entrar, pues, por la puerta de la calle 42, para sentarse en un banco a ver el movimiento inaudito de gente que pasa, y esos otros fulanos que están sentados todo el día en las estaciones, molestados de vez en vez por la policía, y llegar hasta los andenes, y recorrer las galerías, y bajar al metro a sentir el espectáculo subterráneo chirriante, y salir hacia times square, lleno de luces, día y noche lleno de luces times square, luminaria asfáltica, gran letrero de neón, luz fluorescente, variedad lumínica donde brillan los rostros negros de tus negros juguetones y las piernas blancas de tus putas expectantes, times square como una inmensidad humana ruidosa y destellante que escapa por la calle 46 entre ráfagas diamantíferas, rutilantes piedrecitas minuciosamente seleccionadas para adornar vuestros pechos inflamantes, mujeres de nueva york que vais hacia el este atravesando la nutrida variedad de rascacielos que cubren el camino hasta desembocar en el centro megalomaniaco y enfilar, entonces, la quinta avenida, arriba y abajo, para involucrarse en la marea humana que transita, incesante, desde la calle 34 hasta central park, y ver allí, la variada fauna, seguir los pasos de tantos corazones solitarios llegando hasta central park, el domingo por la mañana, y participar en el juego en tres dimensiones, musical-atlético-colorista, ponerse los patines y empezar a bailar al son del ritmo inagotable, con los auriculares clavados en las orejas, para que todo parezca, a pesar de ello mismo, un componente normal de la vida ciudadana, de la lúdica existencia, de la gozosa presencia, de correr hasta park avenue, junto a los preclaros espíritus que, desde la calle 50 hasta la 90 han elegido estos lares para asentar sus posaderas en este juego existencial de codearse con la fortuna, afortunados ellos, cogidos aquí entre dos frentes, la chusma de times square y los negros de harlem, pero, sin embargo, separados, distinguidos de la humana masa, aquí más diluida, reducida a una expresión simbólica y selecta, sin ruidos, tranquila, residencial, casi recogida, paseando

por estas calles hacia la cita con el arte en el museo metropolitano, o, un poco más arriba, viendo alguna exposición monográfica en el museo guggenheim, obra genial de la arquitectura del siglo XX que frank lloyd wright quiso situar aquí, cerca, relativamente, de la franklyn d. roosevelt drive, por donde avanzas hacia el bronx, cierra bien las puertas, entramos en fort apache, le dice ella, cruzando por el pequeño puente de la avenida willis y enfilando, a continuación, hacia el southern boulevard, o yendo a dar, deliberadamente, a las calles fox, tiffany y dawson, y las avenidas longwood y prospect, porque esto es nueva york, también, y aunque inverosímil, esto es la guerra, chico, es como la guerra, aquí vienen los bomberos a hacer prácticas de emergencia como si hubiera habido una guerra, está como después de un bombardeo; sí, como en la guerra, demolido, arrasado, quemado, destruido, devastado, asolado y desolado, y eso en ti, nueva york hermoso, meca de nuestro tiempo, cuna de la riqueza, refugio de trotamundos, qué han hecho con estas casas, con aquellas calles, con esos solares, antiguas avenidas y calles de esperanza transformadas en vastas extensiones de destrucción y de miedo, arrabales de indigencia donde anida la desconfianza, crece la desilusión y encuentra pábulo la violencia, cerco de mezquindad, campo de ignorancia, refugio de infelices, carne de inculpação tony barouty, rey del barrio, qué has hecho, muchacho, mamá te quiere, pero la ley es la ley, y hay que respetar la justicia, ha dicho, todavía le quiero, es mi hijo y le quiero, pero tiene que enfrentarse con la verdad, y si tiene que ir a la cárcel, tiene que ir a la cárcel, y si tiene que ir a la silla eléctrica, tiene que ir a la silla eléctrica, todo el mundo tiene que enfrentarse con la verdad, señora barouty, se baja por grand concourse, aquella es la casa de edgar allan poe, se vuelve a entrar en manhattan por el puente de la avenida madison, y se sigue un poco en línea recta hasta la calle 125, en pleno corazón de harlem, harlem desconchado, ciudad dentro de la ciudad, lazareto de la gran urbe que escondes los gemidos ocultos de los buscadores de libertad, harlem místico, azabache de palpitaciones, fortín rutilante del universo lacerado, corazón negro de américa, por la avenida de amsterdam y la calle de san nicolás, se desemboca en el parque de fort tryon, desde cuyo promontorio se dominan las oscuras e insondables aguas del hudson adentrándose por el continente hacia el norte, cerca del lago george, y la pared arbórea ascendente de nueva jersey, en frente, el puente de george washington, largo y estirado, un poco más abajo, y aquí mismo, formando parte del parque, los claustros, mezcla de mezclas, fundición de estilos importados de la añorada europa, muestra de mal gusto, solitaria y artificial, de la época en que tus hacedores necesitaban palpar el clasicismo europeo para sentirse legitimados, desde donde se inicia la vuelta bajando por riverside drive, atravesando una de las pocas cornisas verdes que te han dejado, nueva york, y que va siguiendo la marcha del río, hasta la calle 135, donde empieza la travesía del otro harlem, llamado español, más reciente, más desparramado, pero también ciudad dentro de la ciudad, lazareto en la gran urbe, inconfundible ciudadela donde la lengua mirífica y nobiliaria de tantos hombres de tantas tierras te hace vínculo de hermandad y entendimiento, puertorriqueños, dominicanos, mexicanos, cubanos, salvadoreños, panameños, colombianos, otean desde aquí ese incierto futuro de trabajo y bienestar que es acicate de tu atracción para tantos desposeídos, que siguen bajando calles hasta la universidad de columbia, reducto casi amurallado de la ciencia, templo del saber en cuyos jardines se dan cita peripatéticos grupos de políglotas estudiantes, y yendo por central park west hasta el maravilloso museo